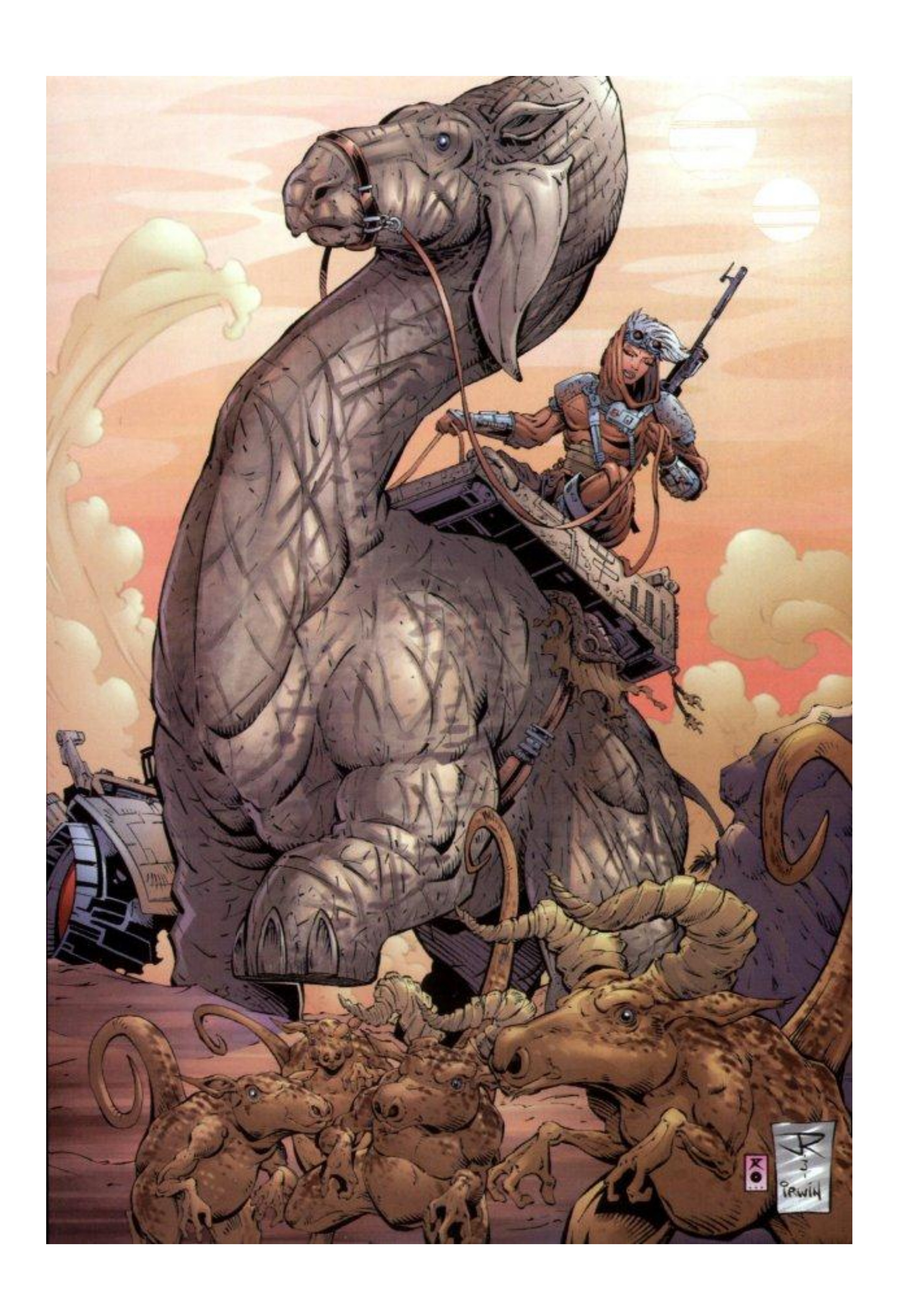


Platt Okeefe, la infame contrabandista, se ha estrellado en Tatooine, y se ha encontrado con varios ejemplares de la vida salvaje local mientras escapa del Mar de Dunas.



Aislada por la arena en Tatooine

Peter Schweighofer



Título original: *Sandbound on Tatooine*

Autor: Peter M. Schweighofer

Ilustraciones: Jeff Rebner (lápices), Mark Irwin (tinta), Robert Ro (color)

Publicado originalmente en *Star Wars Galaxy 10*

Publicación del original: 1997

poco después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.01

01.02.14

Base LSW v2.1

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

—Genial… Simplemente fantástico. —Maldice Platt amargamente. Tamborilea con los dedos sobre la humeante consola de control de su carguero—. No hay nada como tratar de salir pitando de Mos Eisley y que en ese momento tu nave decida que está lista para el desguace.

Mira a través de la ventana de la cabina. Arena. No dunas, simplemente arena, apilándose más y más cada minuto. La nave de Platt, el *Deceso de Pok*, había caído en una tormenta de grava del Mar de Dunas.

Platt repasa su fuga, tratando de descubrir qué había fallado. Había estado tomando unas copas con Sovar, su «procurador de carga». La visita a la cantina era una especie de pago por el cargamento mediocre que había negociado con ella. Entonces aparecieron los cazarrecompensas. Platt volvió a toda prisa a la bahía de atraque 86, subió corriendo a bordo del *Deceso de Pok*, selló las escotillas de personal y de carga, y salió como una exhalación. Ya estaba fuera incluso antes de que los cazarrecompensas pudieran hacer el primer disparo.

Por supuesto, en esos despegues apresurados no había realmente tiempo para realizar un análisis de diagnóstico completo en los sistemas de la nave. Platt lo descubrió dos minutos después, cuando sus propulsores de maniobra fallaron. Y luego sus motores iónicos. Y luego el generador principal. Sin duda, en ese momento sus generadores de escudo eran un montón de chatarra. El lugar más cercano para un aterrizaje de emergencia estaba a unos kilómetros por debajo de ella: el Mar de Dunas. Platt hizo lo que pudo para que la nave chocase contra la superficie en un ángulo no demasiado pronunciado. Al menos el impacto no la había dejado demasiado dolorida.

Platt mira por la ventanilla. La arena la ha cubierto por completo.

—Bueno, si tengo que esperar a que pase la tormenta, podría aprovechar para ver qué queda de mi nave —suspira.

No queda gran cosa. El cañón montado en la parte ventral había sido arrancado durante el choque. Los sensores inferiores han desaparecido. La arena ha llenado los pasadizos de mantenimiento delanteros. La cabina es un desastre. Be-Cerobé no había estado sujeto; sus restos están dispersos por todo el pasillo principal. El droide es historia. Ya había sufrido bastante.

Platt espera encontrar su bahía de carga embadurnada de pasteles glaseados, la carga casi carente de valor que Sovar le había endosado. Iluminando las paredes con su vara luminosa, no puede encontrar ni una sola pizca de glaseado. Los contenedores siguen sujetos con sus redes, pero algo había roído las correas de las redes superiores. Las tapas de los cajones habían sido abiertas y apartadas a un lado. Platt mira dentro de una y olisquea. Nota el olor a pastel glaseado y a algo más… algo animal.

Platt escucha ruido de arañazos en un conducto de mantenimiento bajo las planchas de la cubierta. Repiqueteo de tuberías en la estación de ingeniería de popa. Alguien está arrastrándose por ahí. Platt ya se había encontrado otras veces con furtivos secuestradores

de naves o polizones, pero nadie podría nunca comerse todos esos pasteles glaseados y conseguir oler tan mal como lo hacían ahora las cajas.

Con cautela, se aproxima a la escotilla de la estación de ingeniería de popa. Platt se pasa la vara luminosa a la otra mano y desenfunda su bláster. Con un rápido movimiento, da una patada a los controles de la escotilla. La puerta de metal gime al abrirse lentamente. Platt hace brillar la vara luminosa y mira al interior. Dos pies grandes y fuertes la lanzan a la cubierta. Varias criaturas con hocicos afilados golpean con fuerza a Platt. Algunos tienen cuernos dolorosamente afilados. Pasan por encima de ella y huyen a alguna otra parte de la nave.

Platt se levanta de la cubierta, maldiciendo. El *Deceso de Pok* tiene scurriers, alimañas de Mos Eisley. Alumbra la bahía de ingeniería con la vara luminosa. Hay pedazos de maquinaria y piezas de la nave por todas partes. Los intercambiadores de las bobinas iónicas están destrozados en un montón de pedacitos. Y la capa aislante de dos acopladores de potencia está roída por completo. Las criaturas han mordisqueado y destrozado componentes importantes de casi todos los sistemas.

Los scurriers debían de haber subido a bordo de la lave de Platt cuando Sovar vino a invitarla a ese trago en la cantina: Había dejado abierta la compuerta de carga del carguero.

—Bueno, ya no hay gran cosa que pueda hacer al respecto —dice Platt a nadie en particular—. Lo mejor que puedo hacer es vender este viejo trasto a los jawas como chatarra.

***

Desde las profundidades de su nave, Platt supone que la tormenta de grava ha amainado. El incesante zumbido del exterior ha cesado. Pulsa los controles de la escotilla superior y se aparta unos pasos. La escotilla se desbloquea con un golpe metálico y se abre con un gemido. Una avalancha de arena se vierte en el interior. Cuando terminó (y Platt queda aliviada cuando por fin lo hizo), tomó una mochila con sus efectos personales y de supervivencia y sale al exterior trepando por la escotilla.

Los soles gemelos de Tatooine asoman ligeramente por el horizonte. Por lo que Platt puede ver, su carguero está enterrado por completo. Con el transpondedor hecho pedazos, nadie va a encontrar la nave en este desierto. Probablemente pasarían varias semanas hasta que alguno de los reptadores areneros de los jawas aparezca por esta zona. Platt sabe que tiene que irse de allí caminando por su cuenta. ¿Pero en qué dirección se encuentra el asentamiento más cercano?

Platt se sobresalta cuando cinco scurriers surgen de la escotilla abierta y salen corriendo por el desierto. Los odiosos carroñeros deben estar rastreando la fuente de comida más cercana: basura. Basura significa que debe de haber algún tipo de civilización por ahí. Platt se arrodilla y busca los macrobinoculares en su mochila. Trepa a la duna más cercana y enfoca los macros, tratando de seguir a los scurriers.

Ahí están, a casi un kilómetro de distancia, si las lecturas de alcance de sus macrobinoculares son correctas. De repente, los números indican cuatro metros cuando un enorme borrón se alza en la pantalla de sus macros. Una cabeza gigantesca y un largo cuello surgen de la arena. Platt deja caer los macrobinoculares y retrocede tambaleándose, temerosa. Le da igual que sea un gusano de arena, un dragón krayt, o algo peor. Platt sólo lucha por liberar el bláster de su funda. Está a punto de girarse y disparar a lo que quiera que fuese, cuando un cálido hocico acaricia juguetonamente su pelo.



Platt alza la mirada para ver a un ronto con una sonrisa inocente en su hocico. Sus aletas de arena cuelgan de su nuca. La bestia emite un arrullo mientras vuelve a acariciarle el pelo.

—Eh, para —dice Platt, apartando amablemente al ronto. Se pone en pie y se sacude la arena. Platt advierte que un juego de riendas cuelga del hocico del animal, y hay una montura cuadrada sujeta a su espalda. Estira el brazo para rascar el cuello del ronto. Él se agacha y le lame la cara—. Hola, amigote. ¿Dónde está tu jinete? Pobre criatura, debes de haberte aquí atrapada durante la tormenta de grava. Apuesto a que esas aletas de arena te ayudaron a protegerte. A veces me gustaría poder acurrucarme en una tormenta de arena y esperar a que termine.

El ronto se limita a frotar cariñosamente su hocico contra el cabello de Platt.

Platt se echa la mochila al hombro y se acerca a la montura del ronto. No hay cuerdas o arneses para subir. Girando su largo cuello para mirarla, el ronto se arrodilla en la arena, como si supiera lo que ella está pensando. Platt agarra la montura, coloca un pie en la pata doblada del ronto, y se impulsa hacia arriba.

Acomodándose en la extraña montura, da una palmadita al cuello de la criatura.

—Buen chico. Ahora, ¿puedes llevarme a casa? —El ronto le devuelve una mirada de estupefacción—. Ya sabes, a *casa* —dice Platt con insistencia—. ¿Comida, agua, civilización? Hola… —dice, golpeándole la cabeza—. ¿Hay algo que funcione en ese pequeño cerebro tuyo? Mira, amigo, si no encuentro civilización, no puedo encontrar un transporte de vuelta a Mos Eisley. Si consigo llegar allí, tengo que encontrar una nueva nave con cazarrecompensas pisándome los talones. Pero no podré ir a *ninguna* parte a menos que comiences a andar. ¿Lo pillas?

El ronto inclinó el cuello y acarició una vez más su cabello.

—Mira, puedes jugar con mi pelo tanto como quieras cuando lleguemos a un asentamiento, ¿vale?

Platt no está segura de que la criatura le entienda. Tal vez sí, tal vez no. Tal vez simplemente le apetezca moverse. En cualquier caso, la bestia se levantó de repente y comenzó a caminar a grandes pasos por la arena, tomando el mismo camino que habían seguido los scurriers momentos antes. Platt suspira. Da una palmaditas al cuello del ronto.

—Buen chico.